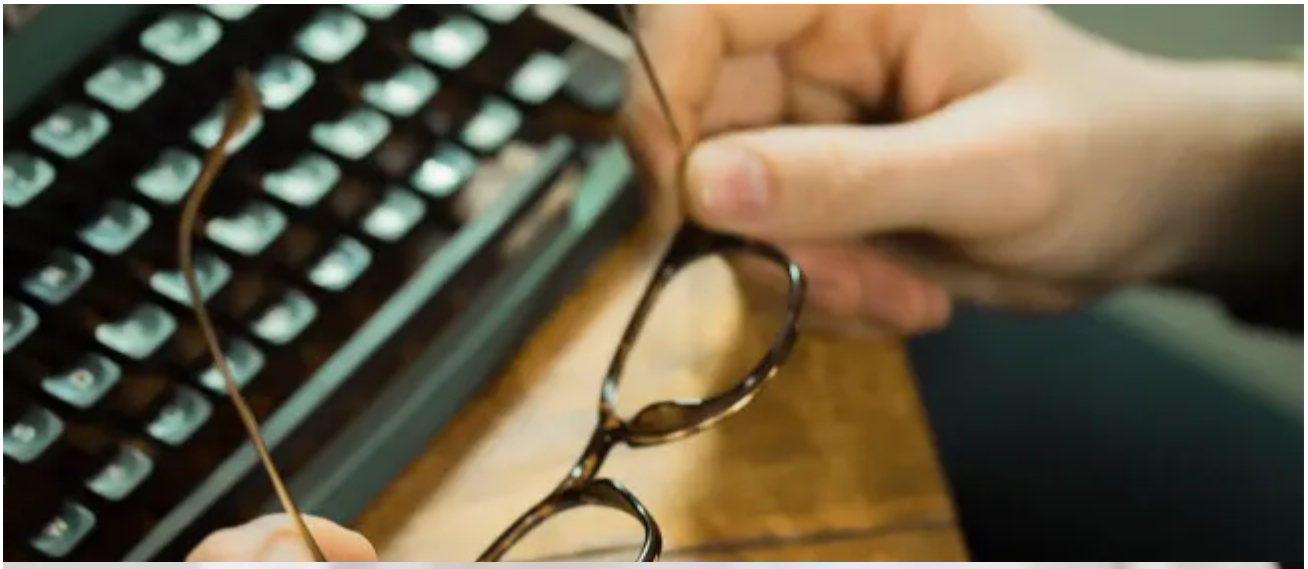
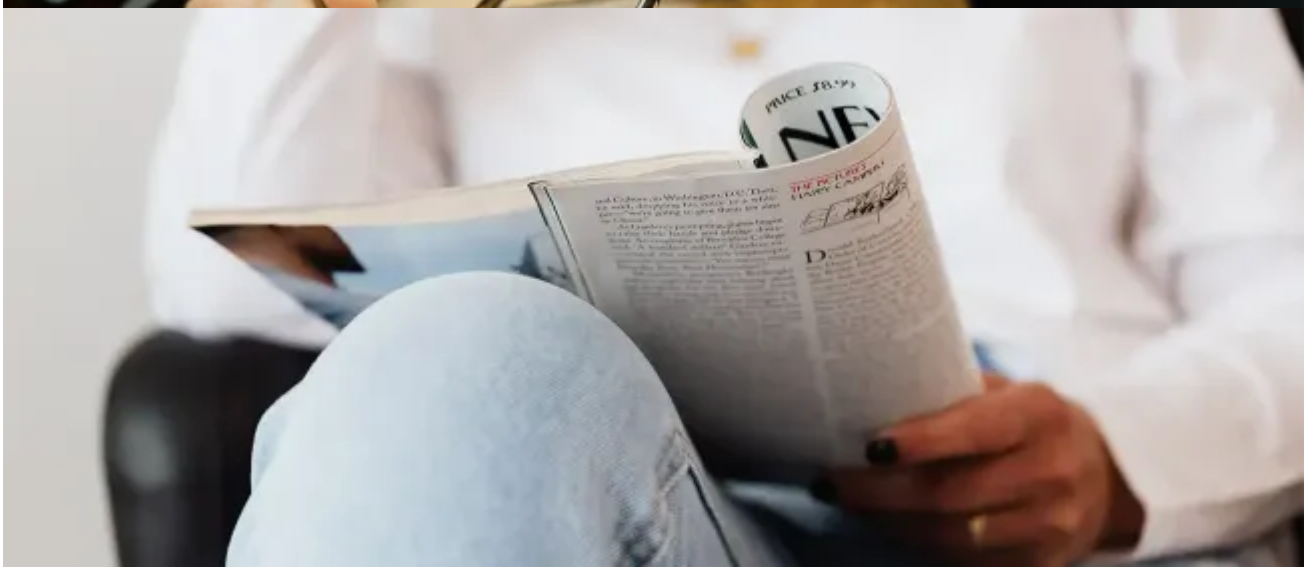
Recuerdos y reflexión





Tiempo de lectura: 1 min.

Julio Dávila Cárdenas

Dom, 20/12/2020 - 11:59

Hoy, 17 de diciembre de 2020, cuando me siento a escribir este artículo, se están cumpliendo 190 años de la muerte de Simón Bolívar y esto me trae a la memoria algo, que en alguna oportunidad escribió Gabriel García Márquez sobre lo que El Libertador le había dicho a Luis Palacios: “*Vámonos volando que aquí no nos quiere nadie*”.

No sé si lo dijo cuando estaba en San Pedro Alejandrino, en su lecho de muerte, pero de no haber sido así, era algo que perfectamente lo habría podido haber dicho en esos momentos, porque allí hubiera podido cavilar sobre lo que había sido su vida llena de gloria y encontrarse ya en su despedida, solo, sin poder y abandonado por muchos de quienes le adulaban. Sin embargo, sabía que no había perdido la gloria y prefirió abandonar el poder a cambio de no ser recordado como un tirano.

Suele suceder con harta frecuencia que aquellos que se acostumbran a disfrutar del poder, se aferran a continuar ejerciéndolo cuando ya han perdido el afecto de sus gobernados y eso, casi siempre conduce a que su salida en lugar de ser honorable, puede ser violenta, sumamente violenta.

Pareciera que estos individuos pierden el sentido de la realidad y únicamente escuchan a los adulantes que le dicen lo que quieren escuchar. Los ejemplos de la historia son muchos y entre ellos cabe recordar a Mussolini, Ceacescu, Gadafi, Hussein y al propio Hitler.

Aquel a quien los dioses quieren destruir, primero lo vuelven loco y luego lo ciegan para perderlo. Algo semejante reza un antiguo proverbio griego que mi buen y recordado amigo, Moisés Hirsch solía mencionar.

Los dioses tratan de perder a aquellos afectados por el síndrome de Hybris, que es el que sufren quienes en lugar de practicar la prudencia, actúan con desmesura. Por lo general es el de quienes creen que lo saben todo y proceden sin orden ni concierto, logrando con ello continuos desaciertos.

Lo peor es cuando lo sufren quienes detentan poder, ya que conduce a la ruina no solo de sus gobernados, sino de los servicios públicos, como salud, transporte, comunicaciones, educación, industrias y; si se trata de un país que cuenta con abundante petróleo, agua, hierro, oro y otros minerales, toman decisiones que terminan por acabar con quienes lo producen o distribuyen y logran su oscuro propósito de arruinar al país y a sus habitantes.

ver PDF
Copied to clipboard